

## EL VERDADERO EUGENIO VEGAS

(Crónica de la velada celebrada en Madrid el 18 de diciembre de 1992)

Lo que para *Verbo* y la *Ciudad Católica* significó la personalidad vigorosa y señera de Eugenio Vegas Latapie —lo que, sin el menor género de dudas, sigue representando, pues el magisterio arraigado sigue brotando y fructificando aun después de la desaparición del maestro—, resulta difícilmente ponderable. Juan Vallet, sin embargo, acertó a explicarlo acabada y sintéticamente en el comentario necrológico que escribió para *Verbo* en 1985. Y el resto de las colaboraciones de aquel número verdaderamente monográfico, editado luego también separadamente como volumen *In memoriam Eugenio Vegas Latapie*, igualmente destacaron aspectos distintos de su vida, obra y pensamiento, contribuyendo a trazar mejor el perfil y alcanzar mejor la significación de los mismos. Gabriel Alférez, José Antonio García de Cortázar, Paco Pepe Fernández de la Cigüña, Estanislao Cantero, Francisco Canals, Rafael y Andrés Gamba, Paco Gomis, Jean Ousset, el ya citado Juan Vallet y quien firma estas líneas agavillamos nuestros recuerdos, impresiones y reflexiones para ofrecerle una despedida acorde a su influencia y digna de la altura de su empeño. Algunos, incluso, escribimos otros artículos para diversos periódicos y revistas. Y desde entonces, es cierto, en distintas ocasiones —y siempre que ha surgido la oportunidad—, han asomado a nuestras páginas el artículo de recuerdo, la referencia evocadora o la cita de autoridad.

No puede extrañar, por tanto, que en el acto homenaje a la memoria de Eugenio Vegas celebrado el día 18 de diciembre pasado, en la sede madrileña de la Casa de Cantabria, intervinieran algunos de nuestro amigos, o que se viera a otros muchos entre

la nutrida asistencia. Ni carece, en consecuencia, de justificación que deje yo ahora constancia del mismo por medio de esta nota.

Para glosar distintos aspectos de la peripecia personal e intelectual de nuestro inolvidable maestro tomaron la palabra, bajo la presidencia del responsable de la acogedora entidad santandereina, Alfonso de la Serna, Gabriel Alférez, Juan Vallet de Goytisolo, Francisco de Gomis, Francisco José Fernández de la Cigonia y Pablo Beltrán de Heredia.

El embajador Alfonso de la Serna, en su breve intervención, bien dicha y con un punto de emoción, abrió el acto recordando la vinculación de Eugenio a Santander. Los años de su propia infancia —cuando acudía en Santander a un colegio recordado por el padre de Eugenio Vegas—, las virtudes de padre e hijo como lección encarnada de pedagogía y moral y alguna anécdota expresiva de las relaciones entre Víctor de la Serna y Eugenio Vegas, sirvieron a las mil maravillas para introducir las alocuciones más específicas que habían de seguir. A continuación, Gabriel Alférez, uno de los amigos de nuestro hombre desde los tiempos de la República, en que —todavía estudiante— acudía a la tertulia de *Acción Española*, y siempre fiel de esta casa de *Speiro* desde los primeros días hasta el presente, sin decaimientos ni cesuras, fijó las coordenadas biográficas de Eugenio. Su ingreso en el Cuerpo Jurídico Militar y en el de Letrados del Consejo de Estado; los avatares de *Acción Española*; la guerra y su participación —con el punto romántico y aventurero de sus huidas, desde la retaguardia, donde pretendían retenerle es probable que juiciosamente, hacia el frente—; los años fuera de España con don Juan y don Juan Carlos; y su vuelta con la readmisión —en absoluto fácil— en el Consejo de Estado, del que llegaría a ser Secretario General, y el nombramiento como numerario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, fueron desgranados por Gabriel Alférez en un remembranza que en más de una ocasión le quebró la voz.

Francisco de Gomis expuso las grandes líneas del pensamiento de Eugenio Vegas, que se encuentran en sus libros, artículos, cartas y memorias. Pero que, ejemplarmente, se hallaban en su

conversación y en la tertulia. Quienes hemos gozado de ese privilegio no pudimos sino asentir silenciosamente a la observación de Paco Gomis. Y es que, como precisó, «no fue un orador, pero sí un gran dialéctico; no era un filósofo, pero sí conocía los análisis que la filosofía hace de la sociedad; fue un político, pero un hombre de principios, opuesto a los oportunistas». El derecho público cristiano, los principios de la contrarrevolución, la adhesión a la monarquía —una monarquía tradicional, añado, tan alejada de la que finalmente habría de venir y tantos disgustos le había de ocasionar— y la creencia de que son las ideas las que gobiernan a los pueblos y éstos lo que quieren sus gobernantes, tuvieron hueco en las palabras de Gomis.

Juan Vallet presentó el último afán de Eugenio en la creación y desarrollo de la *Ciudad Católica*. Y, ciertamente, hemos sido nosotros los últimos beneficiarios de su celo apostólico —auténtica «caridad política»— y los últimos depositarios de su magisterio. En la *Ciudad Católica* encontró también él sus últimos discípulos y en la siembra de *Speiro* recogió una nueva cosecha de afectos. Juan combinó el rigor notarial con el calor del corazón y fue detallando el descubrimiento de la labor que en Francia desenvolvía Jean Ousset, los primeros pasos en España, la consolidación de sus actividades con las reuniones semanales, los congresos anuales y la publicación de nuestra revista y de una serie por fortuna no interrumpida de libros, etc. También recorrió la participación decisiva de Eugenio en todas esas etapas. E incluso subrayó la especificidad de esta tarea y su distinción con la que treinta años antes le había llevado a Eugenio a fundar *Acción Española*.

Francisco José Fernández de la Cigüña dio lectura a un interesantísimo fragmento del tercer, y por el momento inédito, tomo de las memorias de Eugenio Vegas. Quizá nadie mejor que él, pues Paco Pepe —junto con Gabriel Alférez y Pablo Beltrán de Heredia— fue quien grabó las cintas en que Eugenio iba, pausadamente tanto como estudiadamente, vertiendo su prodigiosa memoria. Y es que, ¡qué diferencia con las muestras de un género en que mucho «desmemoriado» ha echado su cuatros a es-

padas! Recuerdo, a propósito, perfectamente la indignación de Eugenio en varias ocasiones... El trozo seleccionado, relativo a la conspiración de los generales de 1942, nos mantuvo en vilo incluso por el interés «cuasi-novelesco» del relato.

Pablo Beltrán de Heredia, alma de la organización del acto, y a quien no podemos sino agradecer y felicitar por el resultado de la velada, cerró el turno de intervenciones. Para ello escogió trozos de cartas que Eugenio Vegas le dirigió a lo largo de su dilitada amistad, todos sustanciosos y muy reveladores del estado de ánimo y de las posiciones espirituales, intelectuales y políticas de su recordado corresponsal.

Fueron muchos los amigos de todo tiempo reunidos para la ocasión. Así, su hija Leonor, con su marido el barón Christian de Cussac, se vieron acompañados por doña Cristina de Borbón, José Luis Vázquez Dodero, el duque de Parcent, el marqués de Lauá, Eugenio Hernansanz, el marqués de Cerverales, Alfredo Sánchez Bella, Darío Valcárcel, José Manuel Riancho, el teniente general González del Yerro, José María Castán, Antonio y Lucas Oriol, el marqués de Selvalegre, José Cervera, Juan Luis Calleja y las viudas de Javier Vela y Eugenio Rodríguez Pascual. Entre los íntimos de la Ciudad Católica también fuimos muchos: Gonzalo Muñiz, José María Ramón de San Pedro, el padre Victorino Rodríguez, O. P., Fernando Claro, Estanislao Cantero, Javier Badía, Rafael Gamba, Juan José Morán, Alberto Galarreta, Luis Sandoval, etc.

Salí del acto con la impresión de que, con lo difícil que es acertar a plasmar con la palabra los rasgos de una personalidad rica y una vida fecunda, se había alcanzado notablemente. Era Eugenio Vegas, el Eugenio Vegas que conocimos y admiramos, el que había resaltado y se había hecho presente. Sólo su voz, a través de las cintas magnetofónicas que se conservan, que sonó unos instantes, me pareció lejana, distinta. Como para volvernos a la realidad de que ya no le tenemos entre nosotros. Desde hace más de siete años... Aunque su ejemplo perdure y su magisterio nos alimente.

MIGUEL AYUSO